

NARRACIÓN Y FORMAS DE IDENTIDAD

Por *Marcos Roca Sierra*

En las autobiografías, la figura, la existencia de la persona aparecía como un hecho consumado, visto desde el momento presente. Mas nunca se había dado un caso como el del Quijote: una figura literaria, en lugar de ser esto o aquello, de hacer lo que quiera que fuese, iba urdiendo la trama de su propio existir. Su vida consiste en estársela haciendo en conexión con las de otras figuras y con unas circunstancias que crean la ilusión de que la vida de alguien está desplegándose a nuestra vista, en un tiempo y un espacio actuales. (...) La figura literaria, antes sólida y compacta, se ha vuelto un *saberse estar siendo*.

Américo Castro

En la pregunta que inquiere por nuestra identidad (*¿quién soy?*) gravitan dos órdenes fundamentales desde los que se plantean soluciones distintas aunque complementarias: el *quién* que lleva inherente un proceso predominantemente cognitivo desde la mediación de su resolución y el *ser* (del *soy*) que se acerca más a un proceso de carácter ontológico.

A partir de las preguntas sobre la identidad que, de alguna forma u otra, llevan implícitas todas las obras literarias, Brian McHale retoma el concepto de *dominante* para intentar establecer la diferencia entre lo que puede considerarse como la *dominante* del Modernismo y la del Posmodernismo.

El concepto de *dominante*, fue formulado por Yuri Tinianov en “Sobre la evolución literaria” (1927) y más tarde desarrollado por Jakobson (1935) para quien la *dominante* « peut se définir comme l’élément focal d’une œuvre d’art : elle gouverne, détermine et transforme les autres éléments. C’est elle qui garantit la cohésion de la structure ».¹ Este concepto garantiza la coherencia textual por un lado y, por otro, posibilita la interpretación de la historia literaria no desde un sentido evolucionista

¹ JAKOBSON, Roman.(1935): «La dominante» en *Huit questions de poésie*. Paris, Seuil, 1977, pág. 77.

sino desde el relevo en el sistema de la *dominante* (“glissements dans les relations mutuelles des divers éléments du système”).² A partir de este concepto operativo McHale determina que el Modernismo se plantea cuestiones que responderían a preguntas del tipo: ¿Cómo puedo interpretar este mundo del que formo parte? ¿Qué soy yo en él? ¿Cuáles son los límites de lo cognoscible? La tesis de McHale es que “the dominant of modernist fiction is epistemological”³ mientras que las preguntas que se plantea la Postmodernidad responderían a formulaciones del tipo: ¿Qué mundo es éste? ¿Qué es un mundo? ¿Qué ocurre cuando dos mundos se enfrentan violando las fronteras que los separan? La conclusión es que “the dominant of postmodernist fiction is ontological.”⁴

En su análisis sobre la narrativa modernista, Ródenas de Moya sintetiza estas dos posturas afirmando que “la ficción modernista, así, aparece orientada por una dominante epistemológica que supedita las estrategias formales a dirimir los problemas de accesibilidad, fiabilidad y transmisión del conocimiento sobre el mundo. Por el contrario, la ficción posmoderna, orientada por una dominante ontológica, supedita las estrategias formales a cuestionar el modo de existencia de los mundos ficcionales y sus entidades, y a reflexionar y reflejar la pluralidad de mundos, tanto reales como posibles.”⁵

A pesar de aceptar como hipótesis productivas los planteamientos heurísticos de McHale, Ródenas de Moya, propone reformular la *dominante* de la ficción contemporánea, en las que quedarían amparados tanto el Modernismo como el Posmodernismo, recurriendo al concepto de *autorreferencialidad*: “La dominante del arte literario del siglo XX es autorreferencial y, por medio de la autorreferencia, acentúa las preocupaciones epistemológicas (sobre todo en el Modernismo) u ontológicas (especialmente en el Posmodernismo) que se detectan en todas las manifestaciones del pensamiento contemporáneo.”⁶ No nos parece acertado el planteamiento de supeditar la orientación epistemológica u ontológica a la estrategia formal de cuestionarse sobre sí mismo. Creemos que sería más legítima una

² JAKOBSON, Roman, Op. cit., p. 81. Aplicando este concepto, Tinianov había descrito la historia de la literatura desde esta consideración: “Si admitimos que la evolución es un cambio de la relación entre los términos de un sistema (...) ella se presenta como una “sustitución” de sistemas. Estas sustituciones (...) no suponen una renovación y un reemplazo repentino y total de los elementos formales, sino la creación de una nueva función de dichos elementos” (TINIANOV, Iuri. (1927): “Sobre la evolución literaria” en *Teoría de la literatura de los formalistas rusos*, México, Siglo XXI, 1970, págs. 89-101, pág. 101)

³ McHALE, Brian (1987): *Postmodernist fiction*. Londres y Nueva York, Routledge, 1987, pág. 9.

⁴ McHALE, Brian (1987): Op. cit., pág. 9.

⁵ RÓDENAS DE MOYA, Domingo (1998), *Los espejos del novelista. Modernismo y autorreferencia en la novela vanguardista española*, Barcelona, Península, págs. 85-86.

⁶ RÓDENAS DE MOYA, Domingo (1998): Op. cit., p. 87.

clasificación que contemple el marco de sistemas identitarios posibles donde es formulada la pregunta previa que antecede a cualquier otra: la pregunta sobre la identidad *¿quién soy?* (de la que son susceptibles de derivarse todas las demás formuladas por McHale). Depende en qué elemento de la cuestión se ponga el énfasis se determinará el carácter epistemológico (el quién presupone una identidad posible de adquirir o conocer) u ontológico (el peso de la pregunta recae sobre el verbo *ser*) de la respuesta. La pregunta sobre el *quién* se plantea desde un contexto de sistemas identitarios simbólicos característicos de la Modernidad, y la pregunta sobre la naturaleza del *soy* se formula al amparo de sistemas identitarios reflexivos o imaginarios (en terminología lacaniana). Ambos sistemas confluyen en la Modernidad y se va decantando hacia la vertiente ontológica a medida de que ésta vislumbra su proyecto como un fracaso.

La pregunta sobre nuestra identidad reviste un carácter radical, no sólo porque su misma formulación hace explícita nuestra situación de orfandad, de pérdida de señas de identidad, sino, sobre todo, por las consecuencias del compromiso ético que implica la respuesta. Para C. Thiebaut la respuesta a la pregunta sobre la identidad “parece que tira de nosotros hacia alguna parte; esas respuestas no sólo nos ubican sino que de alguna manera nos comprometen. (...) Indagar quiénes somos es, así, aspirar a una forma ética de conocimiento y de reconocimiento. (...) El mandato délfico tiene, en la modernidad, un rostro ya centralmente ético. Y la autonomía con la que se define la ética moderna pudiera entenderse, así, como la dimensión normativa de la pregunta por nuestra identidad.”⁷ El proceso de la construcción de la identidad parece inseparable de su dimensión ética.

La crisis del sujeto-moral, desenmarcado de referencias categoriales estimativas, deriva en la aparición de un sujeto autónomo, dueño de sus propios actos, o mejor aún, de lo que piensa de sus propios actos.⁸ Del *logos* moral hemos pasado al *relato* moral. Relatar mi experiencia configura el espacio moral de mi subjetividad. J. L. Pinillos se sorprende de que sean “el posmodernismo y el mundo actual los que precisamente rechazan la idea de totalidad cuando es claro que sin algún tipo de totalización la acción moral es imposible y la responsabilidad colectiva no encuentra el vigor necesario para su actuación.”⁹ Para Ch. Taylor es indivisible la copertenencia del individuo a lo comunitario, en una contextualización de un determinado espacio moral, marco de referencia sin el que es inconcebible la identidad. El referencialismo de Ch. Taylor puede resumirse con sus mismas afirmaciones:

⁷ THIEBAUT, Carlos (1990): *Historia del nombrar. Dos episodios de la subjetividad*. Madrid, Visor, págs. 33-34.

⁸ Cfr. GIL CANTERO, Fernando (2001): “Educación y crisis del sujeto” en *Teoría de la educación*. Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca.

⁹ PINILLOS, J. L. (1997): *El corazón del laberinto*. Madrid, Espasa-Calpe, pág. 319.

Yo definiendo la firme tesis de que es absolutamente imposible deshacerse de los marcos referenciales; dicho de otra forma, que los horizontes dentro de los cuales vivimos nuestras vidas y que les dan sentido, han de incluir dichas discriminaciones cualitativas (...). Mi identidad se define por los compromisos e identificaciones que proporcionan el marco u horizonte dentro del cual yo intento determinar; caso a caso, lo que es bueno, valioso, lo que se debe hacer, lo que apruebo y lo que impongo.”¹⁰

Según Ch. Taylor “el yo es inseparable del hecho de existir en un espacio de cuestiones morales que tienen que ver con la identidad y con cómo uno ha de ser. Es ser capaz de encontrar en ese espacio el punto de vista propio, ser capaz de ocuparlo, de *ser* una perspectiva de él.”¹¹ Por eso, para este pensador nuestro concepto occidental de un yo autorreflexivo es tan insólito que dejaría completamente estupefactos a cualquier individuo de una cultura foránea como sucedería con nosotros ante la creencia de las tres almas de los buriatos del norte de Siberia.¹²

La noción de C. Thibaut sobre la construcción de la identidad del sujeto es inseparable, además de su dimensión ética, del concepto de *textualidad*. Thibaut afirma que “al actuar con otros, construimos el texto de nuestra identidad”¹³: el texto constituye la topología del sujeto.

Hay que recordar que para los teóricos postestructuralistas la *narratividad* ha sido el “remedio omniabarcante” para la denostada Modernidad y su ya exhausta razón deductiva y argumentativa. Su relevancia casi se imponía como sinónimo del “final de la modernidad racional”. Thibaut advierte de la peligrosa polisemia derivada de un abuso ilimitado, ejercido desde la crítica postestructuralista, del término *narratividad*. Esta maraña polisémica, en lo que se refiere al ámbito de las formas de construcción de la subjetividad moderna, podría ser resumida acotándola en dos grandes interpretaciones: la noción “post-moderna” y la noción “discursiva” del concepto de *narratividad*. La primera noción se definiría como la “otra cara” de la Ilustración y de la razón racionalista, es decir, la recuperación de los discursos de la memoria y la imaginación, compañeras suplementarias y desplazadas de viaje desde el nacimiento mismo de la Modernidad. La noción “discursiva” denota el hecho de que el texto es “el lugar en el que se genera la construcción de identidad de un sujeto y en el que éste se constituye como resultado de las actividades y como el conjunto de los elementos y relaciones que son pertinentes para la identificación”.¹⁴

¹⁰ TAYLOR, Charles (1989): *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna* (trad. Ana Lizón). Barcelona, Paidós, 1996, pág. 43.

¹¹ TAYLOR, Charles (1989): Op. cit., pág. 128.

¹² Cfr. TAYLOR, Charles (1989): Op. cit., pág. 129.

¹³ THIEBAUT, Carlos (1989): “Sujeto complejo, identidad narrativa, modernidad del sur” en CASTILLA DEL PINO, Carlos (comp.) (1989): *Teoría del personaje*. Madrid, Alianza, 1989, pág. 122.

¹⁴ THIEBAUT, Carlos (1989): Op. cit., pág. 124.

J. Habermas habla de una nueva *aetas obscura* (*die neue unübersichtlichkeit*) producida por la pérdida de los horizontes utópicos que alimentaron la Modernidad.¹⁵ Desde esta perspectiva, Thiebaut afirma que nuestra época ha devenido en una Modernidad reflexiva, ya que no es posible buscar ningún anclaje que no sea el mismo presente, tal y como se deriva del diagnóstico habermasiano: la opacidad es el agotamiento de las energías utópicas, por lo cual sólo la reflexión de nuestro presente o pasado puede atender al reconocimiento de lo real.¹⁶

El naufragio de la subjetividad monológica cartesiana implícita en el último tramo de la Modernidad apunta tan solo a una noción *dominante* de la Modernidad: la Modernidad del norte, y quizás, el reto habermasiano de reconstruir y completar el proyecto de la Ilustración no sea, en el fondo, más que reivindicar la Modernidad tal y como se ha concebido en el sur. Es la Modernidad “no realizada (por fracasos y por incumplimientos históricos cuyo análisis no parece haberse aún acordado y que se aglutinan bajo la palabra “decadencia”) y que se configura hasta la prolongación primero manierista y luego barroca del proyecto renacentista –y que con metáfora insegura puede, precisamente, caracterizarse como “modernidad del sur”- parecería vehicular una noción de subjetividad compleja, dialógica y en la que las diferenciaciones de las esferas cognitivas, normativas y expresivas se encuentran enlazadas en un proyecto constructivo”.¹⁷ En la Europa del sur, durante los siglos XVI y XVII se desarrollan unas estrategias e invenciones que culminan con una noción compleja de subjetividad, que podría definirse como una articulación de estrategias constructivas desde todos los ámbitos de la realidad (cognitivos, normativos y expresivos) que constituyen “un sujeto complejo reflexivamente construido y nunca justificado monológicamente”.¹⁸ Esta complejidad no es otra que la textualidad de sujeto. Basten como ejemplos la utilización de perspectivas dinámicas en Velázquez que consigue sacar la focalización del lienzo, o las técnicas reflexivas utilizadas en el mismo *Quijote*.

La construcción textual de nuestra subjetividad también tiene consecuencias fundamentales en la constitución del sujeto como identidad moral. Ninguna identidad está clausurada sino que es tránsito y selección (ser alguien es elegir no serlo de otras muchas formas posibles).

La subjetividad posmoderna no se modela sobre la normativa epistémica clásica en la que un sujeto conoce un objeto, fundamentándose así monológicamente, sino que parte de un principio estructural de *reconocimiento*, donde se eviden-

¹⁵ HABERMAS, J. (1988): “La nueva impenetrabilidad: La crisis del estado de bienestar y el agotamiento de las energías utópicas” en *Ensayos Políticos*. Barcelona, Península, págs. 113-134.

¹⁶ Cfr. THIEBAUT, Carlos (1989): Op. cit., pág. 130.

¹⁷ THIEBAUT, Carlos (1989): Op. cit., pág. 135.

¹⁸ THIEBAUT, Carlos (1989): Op. cit., pág.136.

cia que el sujeto es una construcción intertextual, reflexiva, modelada a partir de la relación dialógica con los otros sujetos.¹⁹

Antonio Campillo²⁰ considera que “la identidad personal es una institución política”, la más universal y elemental de todas las instituciones de carácter político. La identidad se construye mediante la articulación de cuatro categorías clasificatorias:

- a) *Las categorías parentales*, que combinan las variables del sexo y de la edad.
- b) *Las categorías económicas*, que se basa en las tareas y las propiedades.
- c) *Las categorías políticas*, que diferencia entre amigos (en igualdad o en jerarquía) y enemigos. Y,
- d) *Las categorías simbólicas*, que distribuyen dualmente a los individuos de una sociedad (carisma/estigma, héroe/villano, cuerdo/loco, etc.).

Opina Campillo que es posible distinguir cinco paradojas que constituyen la estructura de la identidad humana y merece la pena reseñarlas:

Primera paradoja: la identidad de una “persona” es a la vez algo propio y ajeno a nosotros. Somos a la vez un objeto “físico” y un objeto “político”. Es algo físico y visible o algo psíquico e invisible.

Segunda paradoja: identificar a alguien es involucrarle en el estatus del “nosotros”, pero, a la vez, es dotarle de una singularidad única. O es compartida por un colectivo (sexo, clase, religión, etc.) o es exclusiva del individuo.

Tercera paradoja: somos una imagen atribuida por los demás pero lo que nos singulariza a nosotros mismos es nuestra recreación e invención personal. O le es transmitida por la cultura y la época en la que el individuo vive o es inventada por él de forma soberana.

Cuarta paradoja: la identidad personal es a la vez la clave del reconocimiento social (donde se fundan las relaciones de justicia) y, a la vez, de todo sometimiento (donde se fundan las relaciones de dominio). O es un fundamento de las relaciones de poder o el es el fundamento de las relaciones de responsabilidad.

Quinta paradoja: las relaciones de dependencia (de poder o de responsabilidad) se fundan en la memoria del nombre propio. Deudor y acreedor se hallan sujetos por la posesión del nombre del otro. Eludir esta relación requiere una metamorfosis de los nombres: su cambio o su olvido. Esta estructura paradójica de la identidad hace que alentemos un doble deseo: por un lado, el de hacernos

¹⁹ Cfr. THIEBAUT, Carlos (1989): Op. cit., pág.11.

²⁰ CAMPILLO, Antonio (2001): *La invención del sujeto*. Madrid, Biblioteca Nueva.

reconocer, el hacernos un nombre (cuando se hace obsesivo conduce a la paranoia); y por otro, el borrar nuestro nombre y nuestra identidad buscando una liberación (cuando se convierte en obsesión conduce a la esquizofrenia).

Por su parte, M. Bovero designa como *adscriptiva* al tipo de identidad que se establece en las sociedades de tipo tradicional, mientras que en las sociedades modernas aparece un nuevo tipo de identidad que denomina *electiva*. Este modo de identidad se genera a partir de una “crisis de identidad del individuo: la falta de modelos y paradigmas estables y fiables (...) genera una fuerte necesidad de identificación con los otros, una necesidad de pertenencia (...), de identidad colectiva, que entra en contradicción con el principio mismo de la modernidad”.²¹ A partir de esta primera caracterización de Bovero, proponemos la distinción de tres tipos de identidades subjetivas:

- 1.- *Identidad adscriptiva*, propia de las sociedades tradicionales.
- 2.- *Identidad electiva*, generada en las sociedades modernas, donde el individuo está dotado de libertad para construir su propia identidad.
- 3.- *Identidad refleja*, característica de las sociedades posmodernas.

La consecución de estos tres tipos de identidades se posibilita a partir de dos sistemas identitarios distintos.

Consideramos que el conjunto de las cuatro categorías apuntadas por Campillo pueden ser llamadas *categorías identitarias simbólicas* (en el sentido lacaniano) y todas comparten el atributo de su capacidad de vinculación (adscripción) del sujeto. Son categorías externas al sujeto y crean vínculos de pertenencia o de relación primarios. Originan una necesaria estructura de exclusión ya que están basadas en la afirmación y por lo tanto, en la diferenciación. Estas categorías son susceptibles de ser metaforizadas en signos visibles. Creemos, además, que a este grupo habría que añadir las categorías ideológicas o religiosas, por su poderosa capacidad de otorgar identidad. Estas categorías, por último, implican en la literatura tramas muy concretas. La más habitual es la *pérdida / recuperación* de la identidad que proporcionan y la consiguiente peripecia de su búsqueda. Podemos decir que las categorías simbólicas constituyen un *sistema identitario de referencialidad externa o simbólica*. La identidad correspondiente a este tipo de sistema sería la adscriptiva.

Hemos llamado simbólicas a estas categorías para diferenciarlas de otro tipo de formas constructivas de la identidad. Nos referimos a las formas o *categorías identitarias imaginarias* (en el sentido lacaniano) o *de retracción*. Son categorías que no se basan en la forma estructural de diferenciación-exclusión de las simbólicas, sino que más bien es un adentramiento, una incursión en el lado de la exclusión, lo que supone

²¹ BOVERO, Michelangelo (1993): “Modernidad” en *Cruz*, 1993, págs.97-112, pág.102.

la restauración de un estadio previo a la exclusión que genera el símbolo. Podría decirse que en el tránsito de estos espacios de exclusión, la construcción del sujeto sería su deconstrucción, basan la construcción identitaria en el realzamiento y la transfiguración de la vida por la *emoción de realidad* que otorgan las estructuras reflejas, por eso su estrategia formal predominante se basa en recursos de reflexividad. Estas formas se organizan en sistemas *identitarios de referencialidad interna o imaginaria*. Resumiendo:

I.- *Sistemas identitarios de referencialidad externa o simbólica*

Están caracterizados por producir estructuras diegéticas con resolución teleológica fundamentadas en la pérdida/recuperación por parte del sujeto de las categorías que les otorgan una identidad. Y,

II.- *Sistemas identitarios de referencialidad interna o imaginaria* contruidos a partir de categorías internamente referenciales de identificación imaginaria o refleja. Los modos de referencialidad interna están caracterizados por la *reflexividad*.

Para concluir, el siguiente gráfico muestra la correspondencia entre el tipo de identidad y los sistemas de identificación, ya se den en las sociedades tradicionales o premodernas, en la Modernidad o en la Posmodernidad:

